

hombres que no se dejan vencer por el sueño, que no escuchan la voz de la naturaleza, y que sufren el hambre, la sed, el frío y la desnudez, cual si no tuviesen un cuerpo. Estos hombres se consideran como si no estuviesen en el mundo, como lo demuestran en todas sus acciones : tienen constantemente elevados á Dios su espíritu y su corazón, y su conversación está en los cielos. No puedo mirar á estos hombres heróicos, y cuya alma está adornada de la más eminente virtud, sin envidiar su felicidad, y sin sentir cierta emulación por imitarles. »

Tal es la excelente idea que este santo Doctor nos dá de los solitarios de Mesopotamia, de quienes habla como testigo ocular. De lo que dice se desprende que no cedían en austeridades, en recogimiento, en elevación de espíritu y en oración á los de Egipto, de la Palestina y de la Siria. No sólomente habla de los anacoretas, sino también de los cenobitas, puesto que alaba su trabajo común. Sabemos, por último, por sus escritos, que había comunidades de vírgenes, que no llevaban una vida ménos perfecta que los hombres.

Hablando Casiano en sus *Instituciones de las reglas monásticas*, une á los religiosos de Mesopotamia con los de la Palestina y del Egipto, y con poca diferencia se les pueden atribuir las mismas costumbres, que hemos expuesto en el resúmen de sus instituciones, al hablar de la disciplina monástica de los solitarios de Egipto. Esta disciplina no atendía sólomente á la dirección exterior de las acciones de los religiosos, es decir, al oficio divino, á las vigilias, á las ceremonias, á las correcciones, á las penitencias y al trabajo manual, sino también á los combates contra las pasiones y los vicios, á la práctica fiel de las virtudes, y sobre todo á la humildad, á la obediencia, á la paciencia, á la caridad y al espíritu de recogimiento y de oración : puesto que Casiano habla también de los reglamentos de los monasterios.

Pero san Efrén es el que trata más especialmente de la disciplina de los monasterios de la Mesopotamia, y de las grandes virtudes que en ellos se practicaban, ya sea alabando á los Padres que vivieron ántes que él, ya cuando traza las reglas de conducta que habian de observar tanto los religiosos como los novicios. Por los excelentes avisos que dá se conoce cuales eran las máximas que informaban el espíritu de los religiosos, y los elogios que de ellos hacen otros escritores eclesiásticos, demuestran que estos avisos se ponían en práctica. Es verdad que hablando san Efrén de la virtud de los hermanos que le habian precedido, lo hace como lamentándose de que hubiesen degenerado los de su tiempo ; pero sus palabras, más bién que como corrección, deben considerarse como exhortación, para inspirarles la emulación del bién, y sostenerles en los sentimientos de humildad : pues hablando de sí mismo, es el primero que se acusa de relajación y de ser un grande pecador, siendo así que nadie ignora la santidad de su vida.

Vamos á exponer un compendio de algunos de sus opúsculos, que pondrá de manifiesto, por una parte, la santidad de los primeros padres de la Mesopotamia, y de otra, las virtudes que se exigían á los cenobitas de su tiempo en la misma provincia.

Inflamado san Efrén de un celo ardiente por la conservación de las virtudes y de la disciplina regular en los monasterios de su provincia, propone en uno de sus discursos la eminente santidad de los Padres que les habian precedido, y que habian muerto en paz. Manifiesta vivamente su pena por hallarse privado de su presencia, que tanto les animaría. Deplora la relajación de los que no siguen sus huellas, y con un sentimiento de la más profunda humildad, se coloca en el número de los relajados y negligentes, manifestando la más viva contrición

de sus faltas. Sus palabras expresan muy claramente la elevada perfección que habían alcanzado los que vivieron ántes que él.

» Mi corazón, decía, se halla consternado: tomad parte, hermanos míos, en mi dolor ¿Es donde están mis lágrimas? ¿en donde mi compunción, para que mi llanto pueda purificar mi alma? Yo veo, Dios mío, que purificais á vuestros santos, para que aparezcan cual oro purísimo, y para trasportarlos desde este siglo seductor á la vida eterna. Como el viñador que cuida de recoger sus frutos cuando han llegado á la madurez, así vos, Salvador mío. llamais á vuestro seno á vuestros elegidos, despues que han vivido santamente, ejercitándose con fidelidad en las obras de virtud. »

¡ Desgraciado de mí! habla con tus lágrimas, alma mía: tu dolor debe ser muy amargo, viéndote privada de los Padres y santos religiosos, que te servían de modelo de perfección. ¿ En donde están aquellos hombres vigilantes, sobrios, humildes, dulces, piadosos y religiosos? En donde aquellos amantes de la pobreza, aquellos hombres movidos de tanta compunción, que se hacían agradables á Dios? Cual ángeles, le ofrecían sus oraciones, y postrados en su presencia, regaban la tierra con las dulces lágrimas, que la compunción de sus corazones hacía brotar de sus ojos.

¿ En donde están aquellos verdaderos amigos de Dios, que, despojados de todo por una caridad perfecta, no querían poseer cosa alguno sobre la tierra, que llevaban continuamente la cruz en pos de Jesucristo, que marchaban con circumspección por el camino estrecho, que vigilaban por sí mismos para no extraviarse, que corrían á grandes pasos por el sendero de los preceptos divinos, que servían á Dios con celo y santa alegría, que jamás se separaban de la regla de vida que se les había prescrito,

y que afligian sus cuerpos con los rudos trabajos de la penitencia? Dios, que tan tiernamente los amaba, los ha conducido al puerto de la vida y del reposo eterno, en que gozau de la presencia infinitamente amable y deliciosa del Esposo inmortal. »

¡ Ay! no se ven ya entre nosotros estas virtudes: no se encuentran su piedad, ni su religión, ni su dulzura, ni su pobreza voluntaria. No se vé aquella caridad fervorosa, aquel ardiente amor que abrazaba sus corazones, aquella unión á Jesucristo, aquella compasión y aquellos vínculos estrechos entre sus miembros. ¿ Quién no deplorará la languidez y relajación de nuestro estado? »

« Nuestros Padres, los santos religiosos que nos han precedido, no eran tan descuidados y perezosos. Ellos fueron piadosos y fieles á Dios, y se hicieron agradables á sus ojos. Estos hombres perfectos no se afanaban ni pensaban tanto en las cosas del mundo: no tenían más que un solo cuidado y un solo pensamiento, el de santificarse. Este era el único negocio en que se ocupaban. Uno solo de ellos podía obtener gracias para muchas personas, y apaciguar la cólera divina, justamente encendida contra millares de personas. »

¡ Que desgracia! hermanos míos muy amados. Nos cegamos á nosotros mismos: el ojo de nuestra alma no está vigilante; nuestro espíritu está agoviado por la disipación y embarazado por las cosas del siglo: somos tan débiles y tan ciegos, que no vemos nuestra propia miseria. Sin embargo, sabemos la manera con que se han salvado los santos y los justos; no ignoramos los medios que han puesto en práctica para arribar al puerto de la vida eterna, y tal vez Dios los haya arrebatado de nuestro lado, para que no sean testigos de nuestras faltas y de los males que éstas nos acarrearán. Han sido escogidos y preferidos á nosotros, que quedamos sumidos en el más lastimoso estado.

Han sido trasladados á la bienaventuranza, mientras que nosotros permanecemos en este siglo vano y seductor. Se hallan en el lugar de las delicias, y nosotros quedamos en mortífero sueño. Ellos se acercan á Dios con entera confianza, y nosotros permanecemos atados á la tierra con funestas ligaduras. »

« Seamos, pues, sobrios, hermanos míos y vigilemos. Somos los amigos de Dios, somos los hijos queridos del Padre. Separemos del mundo nuestros pensamientos : entremos en nosotros mismos : postrémonos, y lloremos en la presencia de Dios : pidámosle con confianza, con fervor, con amor. Por lo mismo que me encuentro muy indigno y pecador, os pido que rogueis por mí, para que yo alcance la compunción, y llore con vosotros, y no busque otra cosa que á mi Dios y Salvador. Así os lo pide el pecador Efrén, vuestro hermano descuidado y negligente. Trabajemos de concierto para apaciguar la ira divina, y hacernos propicios á nuestro Dios ahora que aún es tiempo. »

Con estas reflexiones tan vivas como conmovedoras acerca de los antiguos Padres de los monasterios de Mesopotamia, ponía san Efrén á la vista de los religiosos de su tiempo las virtudes de que quería hacerlos dignos imitadores. De ellas se desprende su abnegación, su humildad, su fervor, su piedad, su amor á Dios, y la perfección *en que habían sido consumados*, pues ésta es la frase que se empleaba en el desierto, cuando se quería expresar que alguno había muerto. Se vé también cuán profunda era la humildad de este Santo, al implorar las oraciones de sus hermanos para obtener el espíritu de contrición.

Sabemos por otros de sus opúsculos, como se formaban los jóvenes en los deberes monásticos, y podremos al mismo tiempo formar una idea de la santidad de sus obras

por la santidad de los avisos que les daba. Este opúsculo lleva por título : *Atiende á tí mismo*.

« Sabe, dice, carísimo hermano, que has renunciado al siglo, y que has venido al desierto á abrazar la vida solitaria : permanece, pues, firme en tu resolución : sé fiel á tu estado y á la observancia de la regla que has abrazado. ¿ Has comenzado bien ? pues persevera y concluye de la misma manera. Pero al mismo tiempo, no olvides que tienes que sostener grandes combates, según las palabras del Apóstol : » Tenemos que combatir no contra los hombres de carne y de sangre, sino contra los principados y potestades, contra los príncipes de este mundo. Deja, por lo tanto, el mundo, deja su vanidad y su orgullo. Haz renunciado á las riquezas ; no conserves en tu corazón su deseo y sus solicitudes. Has dejado á tus padres : sé firme en tu resolución. Soporta con valor los trabajos que acompañan á la virtud. Ya te se digan injurias, ya te se hagan ultrajes, ya te se calumnie, ya te se olvide y desprecie, sopórtalo todo con una paciencia que jamás se desmienta. »

« Caminaban dos hombres á una ciudad, que distaba treinta estadios : ¹ cuando habían andado tres, percibieron un bosque muy ameno. A pesar de la hermosura del lugar, el uno de ellos siguió su camino hasta llegar á la ciudad ; mientras que el otro quiso descansar á la sombra de los árboles que eran muy espesos, y gozar los encantos de aquel ameno paisaje. Pasado algún tiempo, quiso continuar su camino : pero como hacía mucho calor, volvió nuevamente á acogerse bajo la sombra de los copudos árboles. Más he aquí que una fiera sale del bosque, le prende entre sus garras, y le arrastra á su caverna. Hé aquí la explicación de esta parábola : Estos dos hombres representan á los que

¹ El estadio no tenía siempre la misma proporción. Ordinariamente el estadio olímpico era de seiscientos pies, ó cuatrocientos codos.

han emprendido el sendero de la piedad. Queriendo el enemigo que no adelanten, les inspira deseos de diferentes vicios, de orgullo, de vana gloria de ambición etc. El que ha continuado su marcha representa á las almas fieles; el que se ha detenida figura á los que separan su espíritu de las cosas invisibles para dirigirse á las de la tierra. El calor que experimenta simboliza los trabajos de la virtud que se le hacen difíciles. Es cogido, por último, y despedazado por una fiera. Tal es el estado de un alma engreida en el amor de las cosas terrestres. »

« Sirvamos, pues, á Dios con toda la sinceridad de nuestros corazones: no nos dejemos arrastrar de los malos deseos: no nos dejemos llevar del cariño á un hábito, á una capucha, á un cordón ó á un manto de buenas formas: esto no es justo. Busquemos lo más vil, lo más bajo, lo más sencillo, lo más modesto, lo más distante de la vanidad, como conviene á los santos. Despreciemos todo lo que es vano y frívolo, y apliquémonos á hacer agradable á Dios al hombre interior. »

« Si la carne te libra combates, no te dejes llevar de un temor inmoderado: no sucumbas á lo que ella te sugiera, para que este enemigo no se vuelva más envalentonado é insolente. Confía en Dios, y que tu espíritu no caiga en el abatimiento: preséntale tus oraciones y tus lágrimas, en la seguridad de que ha de escucharte, y sacarte de este abismo de miseria. No te desanimes, no decaiga tu ánimo, no te intranquilies: Espera un poco: no habrás concluido tu oración, y el Señor te dirá: Heme aquí dispuesto á auxiliarte. »

« Si no estamos tentados, tal vez juzguemos mal de los que lo están: si no experimentamos estos combates, tal vez nos llenemos de orgullo. No es un mal que el espíritu se halle atacado por las pasiones, siempre que se resista á ellas; pero si lo es caer por pereza, y dejarse vencer por el enemigo. »

« Invoca al Señor en toda tribulación. Consulta siempre á hombres sabios y piadosos, que, con sus buenos consejos fortalecerán tu alma contra los ataques del enemigo. Huye de las destemplanza y de las conversaciones peligrosas. En tus aflixiones acude al Señor, que te llenará de consuelo. Trabaja para ganar las cosas necesarias á la vida, mientras goces de salud. No te aflijas por el trabajo; pues los que no sufren por él, sufren de parte de su inacción y negligencia.

« No te contristes cuando alguno te diga la verdad: pues aquel que se irrita con el que le dá una medicina, es señal de que no quiere curar, y de que se prefiere el mal. Abracemos con cariño la piedad, y atendamos, carísimo hermano mio, á nosotros mismos. Nunca te propongas como modelo á los perezosos sino á los vigilantes. No sigas las huellas de los que caminan en pos de su ruina, sino las de los que se salvan. No te hagas esclavo de tus pasiones; sino ántes por el contrario, procura librarte de su servidumbre. Tú estás en la arena: muéstrate como bravo y generosa atleta. El demonio da vueltas en torno de nosotros, como dice la Escritura, cual león que ruge, viendo á quién puede devorar. Tan grande es su violencia y su crueldad.

« El Señor, al llamarte á la religión, te ha admitido á sus bodas: no seas ingrato: ponte la vestidura nupcial. Aplícate con toda la energía de tu alma á cumplir los deberes de tu santa profesión, para que no seas rechazado y reprobado. Sé piadoso, sobrio, humilde, modesto, afable, pacífico, prudente y casto, como has prometido á Dios. Guárdate de ser desobediente, temerario, murmurador y mentiroso. Ama á tus hermanos, sé caritativo con ellos, y consuélalos en sus aflixiones. »

No te enorgullezcas por nada, sino ántes bien humíllate en todo: pues ¿qué hay en nosotros que pueda excitar el orgullo? Entre los pájaros del cielo ninguno es tan grande

como el aguila, y entre las bestias de la tierra ninguna es comparable al león. Pero entre los hijos de los hombres el más grande es el que teme á Dios : pues Dios que es infinitamente bueno, y que ha creado todas las cosas, eleva al que le teme. No rebajes á ninguna persona en tu corazón, ni devuelvas mal por mal, sino procura llenarte de caridad, cueste lo que cueste ; pues la Escritura ensalza esta virtud sobre todas las demás, y la compara con el mismo Creador del universo, cuando dice que *Dios es caridad*¹. »

« Un religioso del monasterio le consultó una dificultad, y el Santo le respondió : Sucede en los monasterios lo mismo que en las academias : miéntras que unos pasean y discurren por las salas, otros tienen el cuidado de atizar el fuego. Comprendió el religioso el sentido de la comparación y se aprovechó de ella. En efecto, cuando veas á algunos negligentes, aún de aquellos que han sido muy vigilantes en la religión, necesitas de un grande auxilio para no caer en la tentación de imitarle, y para no llenarte de orgullo por tu templanza y continencia. Escucha siempre á todo aquel que te aconseje la continua vigilancia sobre tí mismo. No nos justificaremos por las obras de otros, ni los otros serán, condenados por las nuestras. »

« Cuida, hermano mio, de que la antigua serpiente no te enseñe á imitar á los que descuidan su salvación. Sé tú en la casa de Dios un vaso de honor, y no un vaso de ignominia. Si no observas esta vigilancia, estarás colmado de affixiones en esta vida y en la otra : pues todo lo que se hace contra la regla y la ley conduce á la condenación. No seas tú de de los que se contentan con un exterior de piedad, y con llevar el hábito religioso, cual el soldado, que, cogido prisionero, no conserva más que la librea de su príncipe. Sufre con resignación los trabajos de esta vida : pues

¹ I Joan. iv.

Dios que es justo, no puede olvidar las buenas obras, y coronará no sólomente á los que han padecido por la fé, sino también á los que se han hecho agradables á sus ojos con los ejercicios de la vida religiosa y de la caridad. »

« Escucha, carísimo hermano, lo que voy á decirte. En el mundo el que lleva ricos vestidos se atrae las miradas de los hombres ; pero en la profesión religiosa el que desprecia estas vanidades y se contenta con lo necesario, adquiere una grande gloria en el cielo. En el mundo, se glorian sus secuaces de una salud firme, de un cuerpo robusto y de grandes riquezas ; pero en el estado que nosotros hemos abrazado el que se rebaja y humilla es ensalzado en la presencia de Dios. No amemos, pues, más que lo que agrada á Dios, como buenos y fieles servidores : no consideremos las contradicciones que en ello hemos de sufrir : no nos dejemos abatir, aún cuando tuviéramos que caer en poder de los bárbaros y ser entregados á su servidumbre. Los profetas fueron llevados cautivos á tierra extrangera, y no por eso su espíritu se separó de Dios. En efecto, que nuestro cuerpo sea vendido ó no, no está en nuestro poder el evitarlo ; pero si lo está el que nuestra alma participe á no participe de las obras de los impíos. He aquí porque los santos, firmes y constantes en la virtud, vencieron á los tiranos y despreciaron sus amenazas. Pues bién, nosotros somos hijos de los profetas, y debemos seguir sus huellas con una fé inquebrantable, para que merezcamos unirnos con ellos en el cielo. »

« Si alguno te manifiesta sus pensamientos y te descubre sus faltas, no lo condenes como culpable ; sino piensa que quiere corregirse, y alégrate de su conversión : pues esta declaración es una prueba de la mudanza de su vida ; así como, por el contrario, el ocultar las faltas es una prueba de que se quiere perseverar en ellas. El que va en compañía de ladrones y libertinos no los denuncia, sino más bién

los abandona. Recibe, pues, con grande dulzura, y consuela al que te descubre su corazón y lo que tiene más oculto en su conciencia : *amonéstale con espíritu de mansedumbre, y tú considérate á tí mismo, no seas también tentado* ¹. »

« Acuérdate de san Antonio, y tén siempre á la vista sus escritos. Ayunaba continuamente, llevaba á raiz de la carne un cilicio, y sobre él un hábito de pieles : sufrió largos y muy grandes trabajos : no sabia lo que era bañarse : nadie vió su cuerpo descubierto. No entro en más detalles ; pero al mismo tiempo debo hacerte notar, que aparecía mucho más robusto y fuerte que los que tienen buena mesa, que los que se dan baños y están ricamente vestidos. »

« Si la íntima amistad con algún religioso fuese perjudicial á tu alma, sepárate de el ; pues dice un Santo : procura tener paz y caridad con todo el mundo ; pero procede siempre con moderación. Al darte este consejo, no quiero que odies al prójimo, sino que le alejes del pecado. »

No nos extenderemos más en este resumen de los consejos que daba san Efrén á los novicios, con tanta más razón, cuanto que hemos de exponer en su lugar correspondiente su doctrina espiritual. Basta con lo dicho para que pueda formarse una idea exacta de los principios en que se educaban los religiosos de su época. No se les hablaba más que del desprendimiento del mundo, del desprecio de sus vanidades, de mortificación, de humildad, de obediencia, de caridad, de pobreza voluntaria, de castidad y de amor de Dios. Insistiendo en estos puntos esenciales, es como se inculcaba fuertemente la virtud en el espíritu de los principiantes, y se les hacía pasar á lo más íntimo de sus corazones. De esta manera los monasterios eran verdaderas escuelas de las virtudes evangélicas, en que se cultivaban con esmero, se conservaban con fidelidad, y se practicaban con perfección.

¹ Galat. vi. 1.

SAN JACOBO, ANACORETA Y OBISPO DE NISIBIS. — SAN JULIANO, SOLITARIO ¹

Tillemont opina que san Jacobo fué el padre de los anacoretas de la Mesopotamia, porque no hacía anterior á su tiempo el establecimiento del estado monástico. Pero no hay ningún autor de la antigüedad que tal cosa diga, y por otra parte, si, como confiesa este sabio crítico, el tiempo en que vivió este Santo no permite asegurar que este género de santa vida pasase del Egipto á la Mesopotamia, preciso es convenir es que se estableció, ó ántes de que hubiese monjes en Egipto, ó á lo sumo, al mismo tiempo.

Nisibis, ciudad muy célebre en los confines del imperio romano y del de los persas, dependía de los primeros en la época del nacimiento de san Jacobo ; pero poco despues pasó al dominio de los segundos. Además del nombre de Nisibis que le daban los sirios y asirios, llevó el de Antioquia, y el sobrenombre de Migdonia ² á causa del rio Migdonio, ² que la regaba, y dividía en dos partes.

En esta ciudad, pues, y á fines del siglo tercero, nació el Santo de que hablamos, como puede conjeturarse del contexto de su vida. Dice Gennadio, que fué del número de los confesores del nombre de Jesucristo bajo Maximiano, á quien obedecía la Mesopotamia. Esto nos inclina á creer que nació ántes del fin del siglo tercero, á no

¹ San Efrén, Gennadio, Nicéforo, y Teodoreto.

² Antioquia Migdonia.

³ Hoy Sindjar.